

Un paseo en bicicleta

De pequeña adoraba pasear en bicicleta, a pesar de las caídas y los moretones, amaba esa sensación de libertad, sin embargo, cuando mi hermana entró a la preparatoria y nos tuvimos que mudar a la ciudad, me resultó imposible seguir saliendo en bicicleta sin poner mi vida en riesgo por las calles de Monterrey, por lo que mi bicicleta, las de mis hermanas y la de mi papá quedaron arrumbadas en el patio, esperando la oportunidad de brillar.

Lo que yo no sabía en ese entonces, es que las cosas brillan más cuando las compartes. Y, aunque al inicio me resistí, fue lo mejor que pudo pasar.

Déjenme recordar, era un día como cualquier otro, estaba en mi casa 'haciendo tarea' (mejor traducido a 'viendo televisión'), cuando de la nada tocaron el portón del porche y mi mamá salió a ver qué sucedía. Era un inmigrante con sus dos hijos. Nos contó su historia, sobre cómo él, su esposa y sus hijos habían cruzado la frontera, las dificultades de su viaje, y cómo habían logrado llegar tan al norte. Para ese momento, ya toda mi familia se encontraba en la cochera, escuchando. Nos relató que esos últimos días habían rentado el cuartito de atrás de un taller mecánico y que ahí vivían los cuatro, sin un baño propio; sobre cómo se esforzaba por conseguir un empleo formal que le permitiera matricular a sus hijos en la escuela el próximo ciclo escolar, y cómo tenían que caminar mucho, todos los días, para pedir una ayuda de cualquier tipo. En ese instante, lo difícil era no llorar.

Mi hermana mayor J., decidió recomendarles el comedor comunitario de la iglesia de la que forma parte, para así asegurar un alimento adecuado para él y su familia. Mi mamá entró para conseguir algo de ropa que pudiéramos regalarles. Y yo busqué algunas frutas y comida enlatada para ofrecerles; el problema comenzó cuando mi otra hermana M., pensó que sería buena idea regalarles las bicicletas, ya que, después de todo, no las usábamos y sería más útiles en manos de personas que en verdad las necesitaran.

Al inicio, me resistí, no quería separarme de mi bicicleta, era mía, en algún momento podría volver a utilizarla. Sin embargo, todo cambió al ver a uno de los niños mirando las bicicletas como si fueran un sueño hecho realidad, no pude resistir ante esa mirada de anhelo, llena de esperanza. Yo quería esa bicicleta, ellos la necesitaban. Dos verbos diferentes, sin comparación.

Al final del día los vimos irse, con tres bicicletas, una mirada de agradecimiento por parte del padre y dos de ilusión por parte de los niños, una bolsa de plástico a punto de

romperse por el peso de la comida, una bolsa de ropa, e incluso la bomba de aire por si alguna de las llantas se ponchaba.

Ese día aprendí, que el mundo brilla más cuando das, no solo cosas, sino la ilusión de una vida mejor. Realmente espero que esa familia, pasee en bicicleta con la alegría y libertad con la que yo lo hacía en mi infancia, sin el peso del sufrimiento sobre los hombros y con una sonrisa en el rostro. Porque si bien ese día ni mi familia ni yo salvamos el mundo, hicimos felices a algunas personas, como Santa Claus, y, verdaderamente, eso es suficiente.

-Mandarina